

Nos Vemos En El Nobel

Pedro César Castillo Quiñones



Capítulo 1

Nos vemos en el Nobel

Nos vemos en el Nobel. Es la broma que nos decimos los escritores. Seguro que nos vemos allí, respondo alegre, porque al final no existe otra manera más sensata de responder. Podría decir que es más probable que caiga nieve en el infierno, o que los cerdos y las vacas vuelen de México a Francia para tomarse un café frente a la librería Shakespeare and Company, pero prefiero ahorrarme aquel debate y digo vacilón; nos vemos en el Nobel.

Esta broma es un mecanismo de resistencia contra la cruda realidad; que poco importa cuántas lágrimas y sangre he derramado, o cuantas veces mi alma se fragmentó mientras escribía. Mi relevancia como escritor es mínima, y el verso que bailotea dentro de mi corazón se extinguirá, como la flama de un serillo. Sin embargo, supe desde un inicio, que la apuesta con la literatura se trató de vida o muerte. Esta vida de escritor no me dejó un premio Nobel, pero me dejó mucha poesía, novelas encantadoras y pude conversar con los grandes genios de mi generación. La vida de escritor, tan desmesurada, lúdica y arriesgada me dejó un grato amor por los libros y escritores (más por las obras que los autores) y tuve siempre la libertad de combatir a la hoja en blanco como se me dio la gana. A veces solo en mi cuarto, otras veces en cafeterías, museos o jardines públicos. La vida de escritor me dejó buenas amistades, charlas que agitaron mi suelo, horas y horas de viajes fantásticos. Mucha risa, mucho amor, mucha extravagancia, anécdotas, pero sobre todo ganas de seguir viviendo. Sin la literatura, la vida habría carecido de sentido, habría sido aburrida, frustrante, triste. Con la literatura jamás me sentí solitario andando solo. Siempre me apapachó y me hizo sentir bien durante mis peores temporadas.

Hoy toca vaciar el tintero, abrazar a la hoja en blanco y retirarme a donde pueda seguir construyéndome, pero de un modo diferente. Ahora me toca terminar la mejor aventura de todas, la vida misma, lejos del estrés de la pluma, a salvo de las fulminantes ideas y de los agitados desvelos con café y cigarro. Agradezco eternamente a quienes construyeron mis obras, a quienes les dieron vida y aliento.

La vida de escritor no me dejó un premio Nobel, me ofreció algo mucho mejor: me dejó vivir.